

# EDITORIAL

— *Juan José Blázquez Ortega*

El presente número contiene varias reflexiones sobre el medio ambiente como ámbito de la vida, desde distintos enfoques, entre los que aparece el ser humano como figura central, a la vez que problematizado, en más de un sentido. De este modo, se hace un cierto recorrido por toda la creación con una mirada evolutiva y se intenta comprender el poder con el que lo natural estructura el comportamiento humano, a la vez que éste introduce en el mundo una novedad original con su propio ser y con sus creaciones.

En tal perspectiva, el artículo de Plašiekova y Vertanova pone un marco muy amplio de referencia al confrontar el pensamiento de dos de los autores del siglo XX más influyentes respecto de la concepción evolucionista universal, Vernadskiy y Teilhard de Chardin, con grandes similitudes y disimilitudes que llaman poderosamente la atención, haciéndonos considerar atentamente, en particular, el rol que el ser humano desempeña en dicha evolución

como objeto y como agente de la misma, así como su especial responsabilidad ecológica para con ella.

Gabriel Vidal extiende la perspectiva anterior llamando la atención sobre el concepto de límite dentro del esquema conceptual de la filosofía del medio ambiente, apelando a un ejercicio de comprensión de las distintas ontologías implicadas, intentando armonizarlas, en función de una ética ambiental, pues descubre que cada concepción de límite conlleva un carácter normativo.

La incorporación de la ética ambiental da cabida asimismo a la consideración que hace el famoso etólogo Frans de Waal sobre la moralidad animal, en el artículo siguiente donde, en la perspectiva de la cognición evolutiva de este autor, Lorena Oviedo conduce la reflexión sobre la posibilidad y la naturaleza de una religiosidad implícita de algunos animales que, eventualmente, podría

ilustrar el fenómeno auténticamente religioso humano, sin confundirlo con el animal, en su relación con lo Otro trascendente.

A continuación, el texto de Marcelo Poblete hace una inflexión sobre el comportamiento humano, preguntando por la estructura natural de la persona humana desde las neurociencias, problematizando particularmente, de este modo, el concepto aristotélico de hombre como animal racional, extendiendo incluso esta problematización a caracterizaciones más contemporáneas de la persona humana como la subjetividad, la consciencia y el libre albedrío, intentado ponderar lo más equilibradamente posible sus propias conclusiones.

Finalmente, Teresa Driollet llama sugestivamente la atención sobre las creaciones tecnológicas de este ser racional que les comunica su inteligencia y poder, dotándolas incluso de cierta autonomía real y efectiva que nos hace pensar que necesita

ser controlada y regulada, para ponerla al servicio de su creador, de un modo humano. Esto es, que responda a las necesidades de una inteligencia sentiente que se comunica para la comunión, por el carácter irrepitable de cada persona humana.

Así que, en este número, encontramos delante la idea de que desde el origen del cosmos y de la vida en sentido evolutivo se puede ir reconociendo un proceso de complejidad que alcanza hasta el ser trascendente humano, atravesado todo él por la naturaleza, con quien comparte las condiciones para la existencia, y que hace admirar, a la par del progreso de la ciencia, el orden profundo con el que se produce la estructura del mundo y su actividad. Lo que afianza más aún –hay que decirlo– la trama sobre la cual puede entretenerse el razonamiento que nos permite descubrir al Creador.